

Domingo 15 de agosto del 2021

Evangelio según San Lucas 1, 39-56.

En aquellos días, al enterarse María, que su prima Isabel estaba embarazada, gracias al anuncio que le hizo el Ángel Gabriel, se encaminó rápidamente al pueblo de Judea, a visitarla.

Al entrar a casa de Isabel, María la saludó. En cuanto ésta oyó el saludo de María, la reconoció, se puso tan feliz y sintió como su bebé saltó de alegría en su pancita.

Entonces Isabel quedó llena del Espíritu Santo, y levantando la voz, le dijo a María: "¡Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a verme? Apenas escuché tu saludo y el niño saltó de gozo en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá cuanto te fue anunciado de parte del Señor".

Entonces María con gran alegría, dijo: "Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios, mi salvador, porque puso sus ojos en la humildad de su esclava. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede. Santo es su nombre y su misericordia llega de generación en generación a los que lo temen. Ha hecho sentir el poder de su brazo:

dispersó a los de corazón altanero, destronó a los potentados y exaltó a los humildes. A los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, vino en ayuda de Israel, su siervo, como lo había prometido a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre”.

María permaneció en casa de Isabel unos tres meses, ayudándola y asistiéndola en todo, y luego regresó a su casa.

